

LA VUELTA A CASA DE
BEORHTNOTH, HIJO DE
BEORHTHELM

POR **J . R . R . T** OLKIEN



I

LA MUERTE DE BEORHTNOTH

En agosto del año 991, durante el reinado de Æthelred II, se libró una batalla cerca de Maldon, en Essex. De un lado, la fuerza de defensa de Essex, del otro una hueste vikinga que acababa de saquear Ipswich. Los ingleses estaban dirigidos por Beorhtnoth, hijo de Beorhthelm, el duque de Essex, un hombre célebre en su tiempo: poderoso, orgulloso, audaz. En aquel entonces era viejo y canoso, pero vigoroso y valiente, y su blanca cabeza sobresalía de entre las de los demás hombres, ya que era excepcionalmente alto¹. Los “Daneses” –en esta ocasión probablemente noruegos en su mayor parte- estaban dirigidos según una versión de la Crónica Anglo-sajona, por Anlaf, famoso en la saga nórdica y en la historia como Olaf Tryggvason, que más adelante llegó a ser rey de Noruega². Los Hombres del Norte habían remontado el estuario del río Pante, ahora llamado Blackwater, y acamparon en la isla de Northey. Los vikingos y los ingleses estaban pues separados por un brazo del río; lleno por la marea creciente, sólo podía ser cruzado por un puente o vado, difícil de forzar en caso de defensa decidida³. La defensa era muy fuerte. Pero los vikingos sabían, o eso parece, con que clase de hombre estaban tratando: solicitaron que se les permitiera cruzar el vado, para que pudiera entablarse una lucha limpia. Beorhtnoth aceptó el desafío y les permitió cruzar. Este acto de orgullo y de caballerosidad mal entendida probó ser fatal. Beorhtnoth fue muerto y los ingleses se retiraron; pero los hombres de la Casa del Duque, su *heorhtwerod*, que incluía a los caballeros escogidos y oficiales de su guardia personal, algunos de ellos miembros de su propia familia, siguieron luchando hasta que todos cayeron junto a su señor.

Se ha conservado un fragmento –un largo fragmento, de unas 325 líneas- de un poema contemporáneo: no tiene final, ni principio, ni título, pero se le conoce habitualmente como *La Batalla de Maldon*. Cuenta la petición por parte de los vikingos de un tributo a cambio de la paz; la orgullosa negativa de Beorhtnoth, el desafío y la defensa del “puente”; la astuta demanda de los vikingos, y el cruce de la calzada; el último combate de Beorhtnoth, la caída de su espada, de dorada empuñadura, de su mano herida, y la mutilación de su cuerpo por los paganos. El final del fragmento, casi la mitad de él, cuenta la última resistencia de la Guardia. Se recuerdan los nombres, hazañas y últimas palabras de muchos de los ingleses.

El duque Beorhtnoth era un defensor de los monjes, y un mecenas de la iglesia, en especial de la Abadía de Ely. Tras la batalla, el Abad de Ely obtuvo su cuerpo y lo enterró en la abadía. Su cabeza había sido cortada de un hachazo y no fue recuperada; se reemplazó en la tumba por una bola de cera.

De acuerdo con el tardío, y claramente antihistórico *Liber Eliensis* del siglo XII, el Abad de Ely fue en persona al campo de batalla con algunos monjes. Pero en la obra que sigue se ha supuesto que el Abad y sus monjes no llegaron más allá de Maldon, y que allí se quedaron, enviando a dos hombres, siervos del duque, al campo de batalla, que se hallaba a alguna distancia, a última hora del día siguiente a la batalla. Tomaron un carro y fueron en busca del cuerpo de Beorhtnoth. Dejaron el carro cerca del fin de la calzada y empezaron a buscar entre los muertos: muchos habían caído en ambos bandos. Torhthelm

¹ De acuerdo con una estimación, 6 pies y 9 pulgadas. Esta estimación se basa en la longitud y tamaño de sus huesos, que fueron examinados en su tumba, en Ely, en 1769.

² Es dudoso que Olaf Tryggvason estuviera realmente presente en Maldon, aunque su nombre era conocido entre los ingleses. Había estado antes en Inglaterra, y desde luego, volvió a ella en 994.

³ De acuerdo con la opinión de E.D. Laborde, hoy generalmente aceptada, el vado o “desembarcadero” entre Northey y el continente aún sigue en el mismo lugar.





(coloquialmente Totta) es un joven, hijo de un juglar; su cabeza está repleta de las antiguas trovas que se refieren a los héroes de la antigüedad nórdica, tales como Finn, rey de Frisia; Fróda de los Hathobardos; Beowulf; y Hengest y Horsa, caudillos tradicionales de los vikingos ingleses en los días de Vortigern (llamado Wyrtegeorn por los ingleses). Tídwald (apodado Tída) era un anciano *ceorl*, un granjero que había visto muchos combates en las campañas defensivas inglesas. En realidad, ninguno de estos hombres estuvo presente en la batalla. Tras dejar el carro se separaron en la creciente oscuridad. Cae la noche, oscura y nublada. Torhthelm se encuentra solo en una parte del campo donde los muertos yacen muy juntos.

Del viejo poema proceden las orgullosas palabras de Offa en el consejo que precedió a la batalla, y el nombre del valiente joven Ælfwine (vástago de una antigua y noble casa de Mercia), cuyo coraje fue elogiado por Offa. También se encuentran los nombres de los dos Wulfmærs: Wulfmær, hijo de la hermana de Beorhtnoth; y Wulfmær el Joven, hijo de Wulfstan, que cayó gravemente herido, junto con Ælfnoth, al lado de Beorhtnoth. Casi al final del fragmento que ha sobrevivido, un viejo criado, Beorthwold, mientras se prepara para morir en la última y desesperada resistencia, pronuncia las famosas palabras, una llamada al código heroico, que aquí aparecen en el sueño de Torhthelm:

*Hige sceal þe heardra, heorte þe cenre,
mod sceal þe mare þe ure maegen lytlath*

“La voluntad será la más dura, el corazón el más audaz, el espíritu el más grande, mientras nuestra fuerza disminuye”.

Está implícito aquí –y de hecho es probable– que estas palabras no sean “originales”, sino una antigua y honrosa expresión de voluntad heroica; por esa razón, es bastante verosímil que Beorthwold las hubiera utilizado en su última hora.

La tercera voz inglesa en la oscuridad, que habla después de que el *Dirige* se oiga por vez primera, lo hace en rima: presagiando el final desvanecido de la antigua y heroica medida aliterativa. El viejo poema está compuesto en una forma libre de la línea aliterativa, el último fragmento que se conserva de la antigua juglaría heroica inglesa. En este sentido –aunque algo más libremente que el verso de *La Batalla de Maldon* (debido al uso del diálogo)- se ha escrito este poema moderno.

Las líneas en rima son el eco de algunos versos, conservados en la *Historia Eliensis*, referentes al rey Knut:

*Merie sungen the muneches binnen Ely,
oa Cnut ching reu therby.
“Roweth, cnites, noer the land
and here we ther muneches sæng”.*





II

EL REGRESO AL HOGAR DE BEORHTNOTH, HIJO DE BEORTHELM

Se oye el sonido de un hombre moviéndose de modo indeciso y respirando ruidosamente en la oscuridad. De pronto, una voz habla, alta y claramente.

TORHTHELM. ¡Alto! ¿Quién anda ahí? ¡El infierno te atrape! ¡Habla!

TÍDWALD. ¡Totta! ¡Te conozco por el castañeteo de tus dientes.

TOR. ¡Eres tú, Tída! Largo parecíame el tiempo, solo entre los perdidos. De modo tan perturbador yacen. He observado y esperado, hasta que los suspiros del viento eran como palabras susurradas por espíritus que murmurasen en mis oídos.

TÍD. Y tus ojos creían ver tumularios y duendes. La oscuridad es densa desde que se ha puesto la luna; pero escucha bien mis palabras: no lejos de aquí hallaremos al Amo, según todo apunta.

Tídwald alza una oscura lámpara de la que surge un tenue rayo de luz. Un búho ulula. Una forma oscura pasa velozmente a través del rayo de luz. Torhthelm retrocede y vuelca la linterna, que Tída había puesto en el suelo.

¿Qué te ocurre ahora?

TOR. ¡El Señor nos guarde! ¡Escucha!

TÍD. Muchacho, estás loco. Tus quimeras y tus miedos extraen enemigos de la nada. ¡Ayúdame a levantar los cuerpos! Es una dura labor arrastrarlos yo solo: altos y bajos, gruesos y delgados. Piensa menos, y habla menos de fantasmas. ¡Olvida tus temores! Sus espíritus están bajo tierra, o bien Dios los tiene; y los lobos no rondan como en los días de Woden, no aquí en Essex. Si hay alguno, andará sobre dos piernas. ¡Ahí, dale la vuelta!

Un búho ulula de nuevo.

Solo es un búho.

TOR. Me pone malo. Los búhos son aves de mal agüero. Pero no tengo miedo, no de terrores imaginarios. Me llamas loco, pero muchos otros hombres sienten el horror de hallarse entre muertos sin sudario. Es como la turbia sombra del infierno pagano, en el reino sin esperanzas donde





toda búsqueda es vana. Podríamos registrar para siempre el campo y no hallar al Amo en esta desolación, Tída.
Oh, Señor bienamado, ¿dónde yaces esta noche, tu cabeza reposando en duro lecho, tus miembros yaciendo en largo sueño?

Tídwald descubre de nuevo la luz de la lámpara.

- TÍD. ¡Mira aquí, muchacho, donde yacen más densamente! ¡Aquí! ¡Échame una mano! Esta cabeza nos es conocida. Es la de Wulfmær. Apostaría algo a que no cayó lejos de su amigo y Amo.
- TOR. ¡El hijo de su hermana! Las canciones cuentan que en la necesidad el sobrino estará siempre cerca del tío.
- TÍD. No, él no está aquí –o bien lo golpearon hasta dejarlo irreconocible. Me refería al otro, al muchacho sajón, el hijo menor de Wulfstan. Es un acto inicuo acabar con los que aún no han crecido. Un chico gallardo, además, y habría sido un mejor hombre.
- TOR. ¡Ten piedad de nosotros! Era más joven que yo, al menos por un año.
- TÍD. Aquí está Ælfnoth también, yaciendo junto a su brazo.
- TOR. Como él lo habría querido. En labores o juegos eran buenos compañeros, y leales a su señor, tan cercanos a él como parientes.
- TÍD. ¡Maldita sea la luz de esta lámpara y la debilidad de mis ojos! Juraría que cayeron en su defensa, y que el Amo no está ahora muy lejos. ¡Muévelos despacio!
- TOR. ¡Bravos mozos! Pero es malo que hombres barbados se echen el escudo a la espalda y rehúyan la batalla, corriendo como ciervos, mientras los rojos paganos acaban con sus muchachos. ¡Que el rayo del Cielo caiga sobre los miserables que los llevaron a la muerte, para vergüenza de Inglaterra! Y aquí está Ælfwine: con su escasa barba. Ya terminó su combate.
- TÍD. Es triste, Totta. Era un valiente caudillo, y necesitamos a los que son como él: un arma nueva del viejo metal. Vehemente como el fuego y firme como el acero. De lengua severa a veces, y franco, al estilo de Offa.
- TOR. ¡Offa! Está en silencio. No a todos les gustaba; muchos le habrían puesto un bozal, si el Amo lo hubiera permitido. “Hay cobardes con corazón de gallina que se pavonean orgullosamente en el consejo”: así le oí hablar en la Reunión del Señor. Como las canciones nos recuerdan: “Lo que promete el hombre bebiendo aguamiel, cuando llega la mañana le deja la acción por respuesta, el vómito de su bebida, y acaba mostrando un borracho”. Pero las canciones se marchitan y el mundo empeora. ¡Desearía haber estado aquí, no atrás con el equipaje y perezosos siervos, cocineros y medicastros! Por la cruz, Tída, no le amaba menos que a cualquiera de los señores que iban con él; y un pobre hombre libre podría acabar siendo más resistente en la prueba que muchos condes con título, que cuentan su parentela entre los reyes que precedieron a Woden.
- TÍD. ¡Puedes hablar, Totta! Tu tiempo llegará, y te parecerá menos sencillo de cómo aparece en las baladas. Amargo sabe el hierro, y la mordedura





de las espadas es fría y cruel, cuando la experimentas. ¡Que Dios te guarde entonces, si tu júbilo se empaña! Cuando tiembla tu escudo, es difícil elegir entre la muerte y el oprobio. ¡Ayúdame con este! Levántalo; ¡es el cadáver de un perro, de un grueso pagano!

TOR. ¡Ocultalo, Tída! ¡Apaga tu lámpara! Está mirándome. No puedo soportar sus ojos, inhóspitos y crueles, como los de Grendel en la luna.

TÍD. Ay, es un torvo individuo, más está muerto y acabado. Los Daneses no me preocupan, salvo si esgrimen espadas y hachas. Pueden sonreír, o mirarme con ira, si el Infierno los alberga. ¡Vamos, acarrea al siguiente!

TOR. ¡Mira! ¡Aquí hay un miembro!! Una yarda de largo, y grueso como tres muslos de hombre.

TÍD. Lo mismo he pensado. ¡Ahora inclina la cabeza y contén tu parloteo por un instante, Totta! Es el Amo al fin.

Hay un breve silencio.

Bien, aquí está; o lo que los cielos nos han dejado: las piernas más largas de este país, yo diría.

TOR. *(Su voz se eleva en un canto.)*
Más alta su cabeza era que el yelmo de los reyes de coronas paganas, más perspicaz su corazón, y más clara su alma que las espadas, probadas y pulidas, de los héroes: más valioso que el oro níquelado. El mundo ha perdido a un príncipe sin par en la paz y en la guerra, justo en el juicio, de manos generosas, como los dorados señores de tiempo atrás. Ha partido junto a Dios en busca de la gloria, Beorhtnoth bienamado.

TÍD. ¡Magníficas palabras, muchacho! Las entrelazadas estrellas aún valoran los corazones afligidos. Pero aquí hay trabajo que hacer, antes de que de comienzo el funeral.

TOR. ¡La he hallado, Tída! ¡Aquí yace su espada! La reconozco por la empuñadura dorada.

TÍD. Me alegra oírlo; es un milagro que la pasaran por alto. Se han ensañado cruelmente con él. Pocas más de sus prendas hallaremos; nos han dejado poco del señor que conocimos.

TOR. ¡Oh, dolor y aflicción! Los lobos paganos le han cortado la cabeza, y han destrozado el tronco con hachas. ¡Cuan cruel es la matanza de esta sangrienta lucha!

TÍD. Sí, esta es para ti la batalla, y no es peor hoy que en las guerras que cantas, cuando Fróda cayó y Finn fue muerto. El mundo lloró entonces, como lo hace ahora: puedes oír las lágrimas a través del tañido del arpa. Vamos, dobla tu espalda. Debemos llevarnos de aquí los fríos restos. ¡Cógelo por las piernas! ¡Ahora levántalo, con cuidado! ¡Levántalo de nuevo!

Caminan arrastrándose lentamente.

TOR. Aún es querido este cuerpo muerto, aunque los hombres lo hayan mancillado.





La voz de Torhthelm se alza de nuevo en un canto.

¡Lamentáos por siempre, sajones e ingleses, de las orillas del mar a los bosques de occidente! Cayó la muralla, lloran las mujeres; la madera arde y el fuego resplandece como una lejana almenara. ¡Levantad bien alto el túmulo que contendrá sus huesos! Porque aquí se ocultarán la espada y el yelmo; y a la tierra será entregado el dorado coselete, y las ricas vestimentas y brillantes anillos, riquezas que no envidiaban los que lo amaban; el primero y más noble de los amigos de los hombres, soporte infalible de sus camaradas, el más justo de los padres para su gente. Amaba la Gloria; ahora la gloria ganada hará verdear su tumba, mientras o tierra o mar, palabra o llanto, en el mundo perduren.

TÍD. ¡Hermosas palabras, alegre Totta! Se diría que trabajaste tanto como yaciste en las rondas de noche, mientras los sabios dormían. Pero yo prefiero descansar, y mis tristes pensamientos. Estos son tiempos cristianos, aunque la cruz es pesada; llevamos a Beorhthoth, no a Beowulf: no hay piras para él, no hay montículos apilados; y el oro será entregado al buen abad. ¡Que los monjes le lloren, y que se cante Misa! Con docto latín le conducirán a casa, si podemos llevarle de vuelta. ¡El cuerpo es pesado!

TOR. Los hombres muertos se arrastran hacia tierra. ¡Ahora bajalo un rato! Tengo la espalda rota, y estoy sin aliento.

TÍD. Si hablaras menos, podrías apresurarte más. Pero el carro no está lejos, ¡así que vamos a ello! ¡Empieza de nuevo, y al unísono conmigo! Hace falta un paso regular.

Torhthelm se detiene de pronto.

¡Torpe mastuerzo, mira por donde vas!

TOR. ¡Detente, Tída, por el amor de Dios! ¡Mira ahora, y escucha!

TÍD. ¿Que mire donde, muchacho?

TOR. Allá, a la izquierda. ¡Hay una sombra que se arrastra, más oscura que el cielo occidental, allí, caminando agachada! ¡Ahora dos! Alguna especie de Trolls, lo juraría, o habitantes del infierno. Tienen el paso vacilante, se arrastran a tuestas con brazos horripilantes.

TÍD. Sombras nocturnas sin nombre, nada más puedo ver, hasta que se acerquen un poco. Tienes vista de brujo, si puedes distinguir a los diablos de los hombres en esta vil oscuridad.

TOR. ¡Escucha pues, Tída! Hay voces bajas, gemidos y susurros, y risas contenidas. ¡Se mueven hacia aquí!

TÍD. Sí, ahora lo advierto; puedo oír algo.

TOR. ¡Oculta la lámpara!

TÍD. ¡Deja el cadáver, y tumbate junto a él! ¡Ahora guarda silencio! Se acercan pasos.





Se agachan en el suelo. El sonido de pasos cautelosos crece y se aproxima. Cuando ya están casi encima, Tídwald grita de pronto:

¡Hola, muchachos! Llegáis tarde, si es pelea lo que buscáis; pero puedo hallaros alguna, si os hace falta esta noche. Nada os saldrá más barato.

Se produce un sonido de pies arrastrándose en la oscuridad. Luego, u grito. La voz de Torhthelm suena de modo estridente.

TOR. ¡Cerdo ruidoso, voy a rajarte por esto! ¡Toma tu merecido! ¡Eh! ¡Ahí, Tída! He dado muerte a este. No andará furtivamente nunca más. Si espadas buscaba, pronto halló una, por el lado cortante.

TÍD. ¡Mi matador de duendes! Corazón bravo, ¿tomaste prestada la espada de Beorhtnoth? ¡Límpiala bien! ¡Y contén tu ingenio! Esa hoja fue hecha para mejores usos. No te hacía falta un arma: un golpe en la nariz, o una bota en el trasero, y la batalla se termina con tipos como estos. Sus vidas son desdichadas, pero ¿por qué matar a tales criaturas, o jactarse de ello? Ya hay bastantes muertos por aquí. Si se tratara de un danés, date cuenta, permitiría que presumieras; y hay muchos fuera, no muy lejos, inmundos ladrones: los odio, por mi corazón, paganos o bautizados son vástagos del diablo.

TOR. ¡Los daneses, dices! ¡Date prisa! ¡Vamos! Casi lo había olvidado. Debe haber más en las cercanías, planeando nuestra muerte. Esa jauría de piratas se echará sobre nosotros, si nos oyen alborotar.

TÍD. ¡Mi bravo espadero! ¡Estos no eran Hombres del Norte! ¿Porqué deberían venir aquí los daneses? Ya han tenido bastante lucha y pelea, y tomaron su botín: el lugar está desierto. Estarán en Ipswich ahora, bebiendo cerveza, o cerca de Londres, en sus largos navíos, mientras brindan por Thor y ahogan sus penas de hijos del infierno. Son gente hambrienta y hombres sin amo, miserables saqueadores. Son despoja-cadáveres: es un infame juego, me avergüenzo solo de pensarlo. ¿Por qué te estremeces?

TOR. ¡Vamos, rápido! ¡Cristo me perdone, estos aciagos días yacen carcomidos si no son llorados, y la gente sigue la conducta de los lobos, cuando tienen miedo y hambre, y desnudan y saquean sin piedad a los muertos! ¡Mira allá lejos! Hay una sombra inclinada, el tercero de los ladrones. ¡Vamos a apalea a ese villano!

TÍD. ¡No, déjale en paz! O nos extraviaremos. Hemos vagado un poco, y ya estoy bastante desconcertado. No trataré de atacar él solo a dos hombres. ¡Levanta por tu extremo! Levanta, te digo. Adelanta el pie.

TOR. ¿Puedes orientarte, Tída? En medio de estas sombras nocturnas, no tengo idea de en donde dejamos el carro. ¡Ojalá estuviéramos ya de vuelta!

Siguen caminando sin hablar durante un rato.

¡Ve con cuidado! Hay agua cerca; tropezarás con la orilla. ¡Aquí corre el Blackwater! Otro paso en esa dirección y nos revolcaremos en el arroyo como tontos; y la corriente es rápida.





TÍD. Hemos llegado a la calzada. El carro está cerca, así que ten valor, muchacho. Si podemos cargarle unos pocos pasos más, habremos dejado atrás la primera etapa.

Se mueven algunos pasos más.

¡Por la cabeza de Edmund! Aunque ha perdido la suya, nuestro Señor no es ligero. ¡Bájalo ahora! Aquí nos espera el carro. Desearía que pudiéramos beber la cerveza de su funeral, sin más problemas en esta orilla. La cerveza que él daba era buena y suficiente para regocijar el corazón, parda y fuerte. Estoy cocido en sudor. Detengámonos un momento.

TOR. *(Después de una pausa)* Se me hace extraño como lograron pasar a través de esta calzada, o como forzaron el paso sin cruenta batalla. Pero hay pocos restos que nos hablen de un combate. Sería de esperar hallar una colina de paganos muertos, pero no ninguno cerca está tendido.

TÍD. No, por desgracia. Ay, nuestro Señor cometió un error, o eso decían los hombres en Maldon esta mañana. ¡Demasiado orgulloso, demasiado noble! Pero su orgullo fue burlado y su nobleza pasó, así que alabemos su valor. Les permitió cruzar la calzada, tan celoso fue, dando así a los juglares asuntos para hermosas canciones. Noble sin necesidad. Nunca debió haber ocurrido: ¡ordenó parar a los arqueros, y abrió el puente, enfrentándose muchos con pocos en un feroz cuerpo a cuerpo! Bueno, desafió al hado, y murió por ello.

TOR. Así ha caído el último de un linaje de condes, descendiente de Señores Sajones que cruzaron los mares tiempo atrás, como dicen las canciones, desde Angel en el este, con espadas impacientes, golpeando a los Galeses en el yunque de la guerra. Aquí ganaron reinos, y reales dominios, y conquistaron esta isla, en días antiguos. Y ahora la adversidad llega de nuevo del norte: ¡furioso sopla el viento de la guerra sobre Bretaña!

TÍD. Y en nuestro cuello sopla, y estamos tan helados como el frío, como estaba la pobre gente de entonces. ¡Que hablen los poetas y mueran los piratas! Cuando se roba a los pobres y pierden la tierra que trabajan y aman, deben morir y abonarla. No hay endechas para ellos, y sus esposas e hijos trabajan en servidumbre.

TOR. Pero Æthelred probará no ser una presa tan fácil como lo fue Wyrtegeorn; ¡y apostaría también a que este Anlaf de Noruega nunca igualará a Hengest o a Horsa!

TÍD. ¡Esperemos que no, muchacho! Vamos, carga de nuevo y terminarás tu tarea. ¡Ahí, dale la vuelta! Cógelo por las piernas ahora, y yo levantaré la espalda. ¡Ahora, levanta tu lado! ¡Levanta! Ya está. Cúbrela con el paño.

TOR. Debería ser limpio lino, y no un sucio manto.

TÍD. Bastará por ahora. Los monjes nos esperan en Maldon, y el abad con ellos. Estamos a horas de allí. Levántate y sube. Tus ojos pueden llorar, y tu boca rezar. Yo guiaré los caballos. ¡Arre, chicos, pues! *(Hace crujir el látigo)* ¡Arre, vamos allá!

TOR. ¡Dios guíe nuestros pasos a buen destino!





Hay una pausa, en la que se oye un retumbo y un crujir de ruedas.

¡Cómo gimen estas ruedas! Oirán el crujido a millas de distancia, sobre fango y piedra.

Una larga pausa, en la que no se pronuncia una palabra.

¿A dónde vamos primero? ¿Hemos de ir muy lejos? La noche pasa, y estoy agotado... ¡Dime, Tída, Tída! ¿Está herida tu lengua?

TÍD. Estoy cansado de hablar. Mi lengua reposa. “¿A dónde primero”, dijiste? ¡La pregunta de un tonto! A Maldon y a los monjes, y luego millas más adelante, a Ely y a la Abadía. Algún día terminaremos; pero los caminos son malos en estos ruinosos días. ¡Aún no hay descanso para ti! ¿Contabas con una cama? Lo mejor que conseguirás es el fondo del carro, con su cuerpo como almohada.

TOR. Eres un bruto, Tída.

TÍD. Solo es lenguaje llano. Si un poeta canta: “Incliné la cabeza sobre su seno adorable y, de lamentarme fatigado, afligido dormí; de este modo juntos viajamos, amable señor y fiel sirviente, a través de piedras y pantanos, a su último reposo y al fin de su amor”, ya no lo llamarías cruel. Tengo mis propias cuitas en el corazón, Totta, y mi cabeza está cansada. Lo siento por ti, y por mi también. ¡Duerme pues, muchacho! ¡Duerme! Los muertos no te molestarán, ni el quejido de las ruedas si sientes pesada la cabeza.

Habla a los caballos.

¡Arre, muchachos! ¡Adelante! Hay comida más allá, y cómodos establos, porque los monjes son amables. ¡Dejad atrás las millas!

El crujir y el traquetear del carro, y el sonido de los cascotes, continúan por algún tiempo, durante el cual no se habla. Tras un rato, luces centellean en la distancia. Torhthelm habla desde el carro, con voz soñolienta y medio dormido.

TOR. Hay velas en la oscuridad, y voces frías. Oigo que cantan misa por el alma del Amo en la isla de Ely. De este modo pasan edades, y hombres tras hombres. Voces de llorosas mujeres que se lamentan. Así pasa el mundo; el día sigue al día, y el polvo se acumula, su tumba se desmorona, a medida que el tiempo la roe, y su familia y sus parientes entran en el olvido. Así vacilan los hombres y en la nada se desvanecen. El mundo se marchita y el viento arrecia; las velas se apagan. Fría cae la noche.

La luz desaparece mientras habla. La voz de Torhthelm pasa a ser más alta, pero es aún la voz de alguien que habla en sueños.

¡Está oscuro! ¡Oscuro, y la muerte se aproxima! ¿No nos queda luz alguna? ¡Encended una luz y atizad la llama! ¡Helo ahí! El fuego despierta, el hogar arde, la casa se ilumina, los hombres se reúnen. Salen de la niebla por oscuras puertas, y la muerte les aguarda. ¡Escucha! Puedo oírles cantar en la sala: duras palabras cantan, con fuertes voces. *(Canta)* El corazón será el más audaz, la intención la más seria, más orgulloso el espíritu, mientras nuestro poder disminuye. La





mente no vacilará ni flaqueará el ánimo, aunque sobrevenga la muerte y nos conquiste la oscuridad.

Se produce un gran choque y una sacudida del carro.

¡Eh! ¡Vaya un choque, Tida! Mis huesos están sacudidos y mi sueño hecho añicos. Hace frío y está oscuro.

TÍD.

Sí, un golpe en los huesos es malo para el que sueña, y el despertar es frío. Pero extrañas son tus palabras, Torhthelm, muchacho, cuando hablas de que el viento y la muerte nos vencen y de un oscuro final. Sonaba a videncia, a desespero, y a paganismo también: eso no va conmigo. Es noche cerrada, pero no hay lumbre; la oscuridad lo cubre todo, y la muerte gobierna. Cuando llegue la mañana, será como tantas otras; más faena perdida hasta que la tierra esté arruinada; siempre faena y guerra, mientras dure el mundo.

El carro choca y retumba.

¡Eh! ¡Traqueteo y choques sobre baches y piedras! Los caminos son desiguales y el descanso es breve para los ingleses en los días de Æthelred.

El estruendo del carro se detiene. Hay silencio total durante un rato. Lentamente empieza a oírse un sonido de voces cantando. Pronto las palabras, aunque débiles, pueden distinguirse.

Dirige, Domine, in conspectu tuo viam meam. Introibo in domum tuam: adorabo ad templum Sanctum tuum in timore tuo.

(Una voz en la oscuridad): ¡Tristemente cantan, los monjes de la isla Ely! ¡Formad fila, muchachos! ¡Escuchemos aquí, por un instante!

El canto es más alto y claro. Monjes cargando un féretro entre cirios cruzan la escena.

Dirige, Domine, in conspectu tuo viam meam. Introibo in domum tuam: adorabo ad templum Sanctum tuum in timore tuo.

Domine, deduc me in isutitia tua: propter inimicos meos dirige in conspectu tuo viam meam.

Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto: sicut erat in principio et nunc et semper et in sæcula sæculorum.

Dirige, Domine, in conspectu tuo viam meam.

Pasan, y el canto se desvanece en el silencio.





III

○ FERMOD

Este fragmento, algo más extenso que el poema en inglés antiguo que lo inspiró, fue compuesto principalmente en verso, para que fuese condenado o aprobado como tal⁴. Pero para merecer un lugar en *Ensayos y estudios* debe, supongo, contener al menos por inferencia una crítica de los modos y maneras del poema en inglés antiguo (o de sus críticos). Desde ese punto de vista puede afirmarse que es un extenso comentario de las líneas 89 y 90 del original: *tha se eorl ongan for his ofermode alyfan landes to fela laþere theode*, “entonces el Conde, en su desmedido orgullo, cedió terreno al enemigo, cosa que no debió haber hecho”. Normalmente se considera que *La Batalla de Maldon* es más bien un comentario extenso, o una aclaración de las palabras del viejo criado Beorhtwold (líneas 312-313), citadas más arriba, y usadas en el presente fragmento. Son las líneas mejor conocidas del poema, quizás de toda la poesía en inglés antiguo. Aún si exceptuamos la excelencia de su expresión, me parecen de menor interés que las líneas más primitivas; de cualquier modo, la fuerza completa del poema se pierde a menos que se consideren conjuntamente los dos pasajes.

Se ha sostenido que las palabras de Beorhtwold constituyen la más alta expresión del espíritu heroico del norte, nórdico o inglés; la más clara afirmación de la doctrina de la resistencia extrema al servicio de la voluntad indomable. El poema en su conjunto ha sido llamado “el único poema heroico puro que existe en inglés antiguo”. Aunque la doctrina tiene una forma tan clara, y (aproximadamente) pura, precisamente porque es puesta en boca de un subordinado, un hombre el objeto de cuya voluntad había sido decidido por otro, que no tenía responsabilidad hacia abajo, solo lealtad hacia arriba. Por lo tanto, el orgullo personal estaba en él a su nivel más bajo, y el amor y la lealtad, al más alto.

Porque este “espíritu heroico del norte” no es nunca totalmente puro; es de oro y de una aleación. Sin esa aleación impulsaría a un hombre a resistir impávido incluso a la muerte, si fuera necesario: es decir, cuando la muerte puede ayudar a la consecución de algún objeto de la voluntad, o cuando solo puede conservarse la vida negando aquello por lo que uno lucha. Pero aunque se sostiene que esa conducta es admirable, la mezcla del buen nombre personal no está nunca del todo ausente. De este modo, Leofsunu, en *La Batalla de Maldon*, se mantiene leal por miedo al reproche si regresa vivo a casa. Este motivo, por supuesto, difícilmente irá más allá de la “conciencia”: un auto-juicio a la luz de la opinión de sus pares, que el mismo “héroe” aprueba totalmente; actuaría del mismo modo si no hubiera testigos⁵. Aún este elemento de orgullo, en forma de deseo de honor y gloria, en vida y tras la muerte, tiende a crecer, a convertirse en el motivo principal, llevando al hombre más allá de la triste necesidad heroica, al exceso, a la caballeridad. “Exceso”, ciertamente, aunque sea aprobado por la opinión de sus contemporáneos, cuando no solo va más allá de la necesidad y el deber, sino que interfiere con ellos.

De este modo, Beowulf (de acuerdo con los motivos a él atribuidos por el estudioso de la naturaleza heroico-caballeresca que escribió su poema) hace más de lo necesario, renunciando a las armas, para hacer así más “deportiva” su contienda con Grendel: lo cual realzará su gloria personal, aunque lo pondrá en un riesgo innecesario, y disminuirá sus posibilidades de librar a los Daneses de una aflicción intolerable. Pero Beowulf no tiene ningún deber para con los Daneses, él es aún un subordinado sin responsabilidades hacia

⁴ En efecto, fue pensado claramente como una recitación para dos personas, dos figuras en una “sombra oscura”, con la ayuda de unos pocos rayos de luz y sonidos adecuados, y un canto al final. Por supuesto, nunca ha sido representado.

⁵ Véase *Sir Gawain y el Caballero Verde*, 2127-31





abajo; y su gloria es también el honor de su gente, los Geatas; por encima de todo, como él mismo dice, redundará en beneficio del crédito del señor a quien debe fidelidad, Hygelac. Aunque no se libra a sí mismo de su caballería, el exceso persiste, incluso cuando es un anciano rey, sobre el que descansan todas las esperanzas de un pueblo. No se dignará dirigir una fuerza contra el dragón, como la prudencia impulsaría a hacer, incluso a un héroe; porque, como explica en un largo “alarde”, sus muchas victorias le han liberado del miedo. Usará sólo una espada en esta ocasión, ya que boxear a una sola mano con un dragón es demasiado desesperado, incluso para el espíritu caballeresco. Pero despierta a sus doce compañeros. Es rescatado de la derrota y el objetivo esencial, la destrucción del dragón, solo se consigue por la lealtad de un subordinado. De otra manera, la caballería de Beowulf podría haber terminado en su propia muerte inútil, con el dragón aún intacto. Lo que ocurre es que un subordinado es puesto en un peligro mayor de lo necesario, y aunque no paga el orgullo de su amo con la vida, la gente pierde desastrosamente a su rey.

En *Beowulf* tenemos tan solo una leyenda acerca del “exceso” en un jefe. El caso de Beorhtnoth es aún más enfático, incluso como historia; pero también ha sido extraído de la vida real por un autor contemporáneo. Aquí vemos a Beorhtnoth comportarse como el joven Beowulf: llevando a cabo una lucha “deportiva” en términos nivelados; aunque a expensas de otras personas. En su situación, no era un subordinado, sino la autoridad que debía ser obedecida en aquel lugar; y era responsable de todos los hombres bajo su mando, y no debía malgastar sus vidas, excepto con el objeto de defender el reino de un enemigo implacable. Se dice a sí mismo que su propósito es el de defender el reino de Æthelred, la gente y la tierra (52-3). Para él y para sus hombres era heroico luchar, hasta la aniquilación si fuese necesario, en el intento de destruir o rechazar a los invasores. Era totalmente impropio que tratase una batalla desesperada, con este único objetivo, como una competición deportiva, para la ruina de su propósito y de su deber.

¿Por qué hizo esto Beorhtnoth? Debido a un defecto de su carácter, sin duda alguna; pero un carácter, debemos conjeturar, no solo formado por la naturaleza, sino moldeado también por la “tradicón aristocrática”, englobada en cuentos y poemas de poetas de los que ahora solo quedan ecos. Beorhtnoth era caballeroso, más que estrictamente heroico. El honor era un móvil en sí mismo, y lo buscó aún a riesgo de colocar a su *heorhwerod*, sus hombres más allegados, en una situación realmente heroica, que solo con la muerte podrían redimir. Magnífico tal vez, pero ciertamente equivocado. Demasiado imprudente para ser heroico. Y la imprudencia de Beorhtnoth, en cualquier caso, no podía en modo alguno redimirse con la muerte.

Esto fue admitido por el poeta de *La Batalla de Maldon*, aunque las líneas en las que expresa su opinión han sido poco consideradas, o minimizadas. La traducción que de ellas se da más arriba es (creo) acertada en representar la fuerza y la implicación de sus palabras, aunque muchos hallarán más familiares las de Ker: “entonces el conde, en su temeridad, cedió demasiado terreno a la odiosa gente”⁶. De hecho, son líneas de severa crítica, aunque no incompatibles con la lealtad, e incluso con el afecto. Las canciones de alabanza en el funeral de Beorhtnoth bien pueden aplicarse a él, como el lamento de los doce príncipes por Beowulf; pero ambos podrían también terminar con la nota ominosa que golpea en la última palabra del poema mayor: *lofgeornost*, “el más deseoso de gloria”.

Hasta donde llega el fragmento de su obra, el poeta de *Maldon* no elaboró el asunto contenido en las líneas 89-90; aunque si el poema tenía algún final redondeado y una valoración definitiva (como parece, porque no es, ciertamente, un trabajo hecho con prisas), probablemente fue continuado. Aún si se sintió inclinado a criticar y a mostrar desaprobación absoluta, entonces su estudio del comportamiento del *heorhwerod*, carece de la agudeza y de la cualidad trágica que pretendía mostrar, si no se valora por completo su crítica. En ella se realza grandemente la lealtad del séquito. Su papel era el de resistir y

⁶ *To feala* significa en inglés antiguo, que no debió concederse terreno alguno. Y *ofermod* no significa “temeridad”, incluso si otorgamos un valor completo al *ofer*; si recordamos cuan fuertemente las inclinaciones y la prudencia de los ingleses rechazaban el “exceso”. *Wyta scal gepylidig... ne næfre gielpes to georn, ær he geara cunne*. Pero *mod*, que puede contener o implicar coraje, no significa “valentía” más que *corage* en Inglés Medio. Significa “espíritu”, o si no está calificado, “espíritu elevado”, la más usual manifestación del cual es el orgullo. Pero en *ofer-mod* se califica, con desaprobación: *ofermod* siempre es, de hecho, una palabra condenatoria. En el poema, este nombre solo aparece dos veces, una aplicada a Beorhtnoth, la otra a Lucifer.





morir, y no el de cuestionar, aunque un cronista pueda comentar justamente que alguien cometió un grave error. En si situación, el heroísmo era espléndido. Su deber no resulta disminuido por el error de su señor, y (de un modo más conmovedor) tampoco disminuyó el amor al viejo hombre en los corazones de aquellos que estaban próximos a él. Es el heroísmo de la obediencia y el amor, no del orgullo o la testarudez, el que resulta más heroico y más conmovedor; desde Wiglaf bajo el escudo de los hombres de su casa, hasta Beorhtwold en Maldon, y hasta Balaclava, incluso si no está más reflejado en verso que *La Carga de la Brigada Ligera*.

Beorhtnoth se equivocó y murió por su locura. Pero fue un error noble, o el error de un noble. No es plausible que su *heorthwerod* le echara la culpa; probablemente muchos de ellos no le habrían considerado culpable, siendo ellos mismos nobles y caballerosos. Pero los poetas, como tales, están por encima de la caballerosidad, o incluso del heroísmo; y si dan alguna profundidad a su tratamiento de dichos temas, entonces, incluso a pesar de ellos mismos, esots “modos” y los objetivos hacia los que son dirigidos, serán cuestionados.

Conocemos dos poetas que estudian ampliamente lo heroico y lo caballeresco, en el arte y en el pensamiento, en las edades antiguas: uno cerca del principio en *Beowulf*, uno cerca del final en *Sir Gawain*. Y probablemente un tercero, más bien en el medio, en *Maldon*, si tuviésemos toda su obra. No es sorprendente que cualquier consideración acerca del trabajo de uno de ellos nos conduzca a los otros. *Sir Gawain*, el más tardío, es el más plenamente consciente, y es claramente una crítica o una valoración de un código completo de sentimiento y conducta, en el cual el coraje heroico no es más que una parte, que sirve a diferentes lealtades. Sin embargo, es un poema con muchas semejanzas con *Beowulf*, más profundas que el uso del viejo metro “aliterativo”⁷, que no es la menos notoria. A *Sir Gawain*, como ejemplo de caballerosidad, se le muestra, por supuesto, muy inquieto por su propio honor, y aunque las cosas consideradas honorables puedan haber cambiado o aumentado, la lealtad a la palabra y a la fidelidad, y el coraje resuelto permanecen. Son puestos a prueba en aventuras no más cercanas a la vida real que Grendel o el dragón; pero la conducta de Gawain se ha hecho más meritoria, y en consecuencia de más valor, de nuevo porque se trata de un subordinado. Se ve envuelto en el peligro y en una cierta expectativa de muerte solo por lealtad, y por el deseo de salvaguardar la seguridad y la dignidad de su señor, el rey Arturo. Y sobre él descansa, en su búsqueda, el honor de su señor y de su *heorthwerod*, la Mesa Redonda. No es accidental que en este poema, como en *Maldon* y en *Beowulf*, se haga crítica del señor, como depositario de la fidelidad. Las palabras son notables, aunque menos que la pequeña parte que han jugado en la crítica del poema (como también ocurre en *Maldon*). Aunque así habló la corte del gran Rey Arturo, cuando partió *Sir Gawain*:

¡Es una vergüenza, ante Dios, que Vos, señor, debáis perderos, que en arte y en vida sois tan noble! ¡Hallar pareja entre los hombres, casarse, no es fácil! Conducirse con más atención habría conducido a alguien de sentido, y de tan querido señor a su debido tiempo un duque habría hecho, dirigente ilustre de vasallos en esta tierra, como le corresponde; y mejor eso habría sido que hacer carnicería con él hasta la muerte, decapitado por un mago, a causa de arrogante jactancia. ¡Quién oyó nunca hablar de un rey de tal proceder, como las bagatelas de los caballeros en la corte, en sus juegos de Navidad!

Beowulf es un poema brillante; hay, por supuesto, muchos otros aspectos de la descripción que se da del modo en que muere el héroe; y la importancia (esbozada más arriba) de los valores cambiantes de la caballerosidad y la responsabilidad en la juventud y en la edad, es solo un ingrediente. Aunque está claramente ahí; y a pesar de que la principal inventiva del autor se movía en sentidos más amplios, es mencionada la crítica del señor y depositario de la fidelidad.

⁷ Es probablemente la primera obra en aplicar la palabra “letras” a este metro, que de hecho, nunca las ha respetado.





Así, el señor puede obtener crédito de las acciones de sus caballeros, pero no debe hacer uso de su lealtad o ponerlos en peligro sólo con ese propósito. Hygelac no envió a Beowulf a Dinamarca por una jactancia o un voto imprudente. Las palabras que dirige a Beowulf a su regreso son, sin lugar a dudas, una alteración de la antigua historia (que más bien atisba a través de las fuentes del *snotere ceorlas*, 202-4); pero son importantes por ese motivo. Oímos, 1992-7, que Hygelac trató de disuadir a Beowulf de acometer una aventura imprudente. Muy apropiado. Pero al final, la situación se invierte. Descubrimos, 3076-83, que Wiglaf y los Geatas consideraban imprudente cualquier ataque contra el dragón, y trataron de disuadir al rey de tan peligrosa empresa, con palabras muy parecidas a las usadas por Hygelac tiempo atrás. Pero el rey deseaba la gloria, o la muerte gloriosa, y corrió hacia el desastre. No podría existir crítica más mordaz en pocas palabras de la “caballerosidad” en alguien de responsabilidad que la exclamación de Wiglaf: *oft sceall eorl monig anes willan wraec adreogan*, “por la voluntad de un hombre, deben muchos sufrir aflicción”. El poeta de Maldon podría haber inscrito estas palabras en el encabezamiento de su obra.

